Las caras oscuras del medallón

Tessa Julià Dinarès

LAS CARAS OSCURAS DEL MEDALLÓN

Tessa Julià Dinarès

Avant
editorial

Primera edición, febrero de 2026
© Tessa Julià Dinarès, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-79-1
THEMA: FT - FV - FHQ
DEPÓSITO LEGAL: M-6022-2026

Capítulo 1

Domingo, 2 de diciembre de 2012

¿Dónde está el medallón?

Y mi madre me entregó el medallón, aquel que le había dado su madre, y a ella la suya, forjado en bronce, con el relieve de un pez invertido en el anverso y un olivo en el reverso, una de cuyas ramas formaba la cadena.

(Fragmento del diario de Judit.)

He visto el medallón de Judit dentro de una vitrina del Museo de Empúries, junto a una figura de bronce de una diosa y un incensario de cerámica, y el corazón me ha dado un vuelco.

Era el primer domingo frío de diciembre; tan frío como el recibimiento del director del museo y como su mirada, ladeada, vigilante, como si adivinara lo que estoy tramando. Diría que está a punto de jubilarse, y que la marca oscura que le cruza la mejilla derecha de arriba abajo, como una herida mal curada, es fruto de la frialdad que desprende. Que mire y piense de mí lo que quiera; yo vuelvo a atrapar con los ojos mi medallón.

¡Porque tiene que ser mío! En un arrebato giro la cabeza, miro al director y, señalando el medallón con el dedo, suelto con firmeza:

—Me pertenece; es de mi familia.

Y callo que hace tres meses lo ignoraba, y que ese medallón está ligado a mi historia familiar y a mis antepasadas. El director solo alza una ceja y me responde con palabras de hielo:

—¿Puedes demostrarlo? Además —añade, más grave—, debes saber que, cuando pasan más de mil años, nada pertenece a nadie: todo es del pueblo.

Tengo que hacer un esfuerzo para no soltar un taco. ¿Del pueblo? ¡Es mío y de mi estirpe! Me lo imagino colgado de mi cuello y me estremece la frialdad del bronce. Siento la presencia de Judit susurrándome al oído que el pez grabado se pescaba en Galilea y que el olivo nos une para siempre, de Galilea a Empúries, y de Empúries al pueblo de Sant Pere, en Terrassa. Le agradezco su valentía, por haber iniciado la saga de las mujeres de la familia, y de pronto noto cómo se disuelven dos mil diez años de historia y estoy piel con piel con ella, con quien tanto me identifico. «Judit —le pido—, guíanos en la difícil búsqueda de tu diario original, y así podré recuperar nuestro medallón».

Respondo con energía:

—Lo demostraré. ¡Porque lo que es mío, es mío! —Aunque sea robándotelo, ¡maldito seas!

¡Robándoselo!, claro. ¿Es una idea descabellada? No. ¡No hay otra opción! No me lo entregarían, por más pleitos que interpusiera. Pero ¿cómo?

El director me da la espalda y se marcha. Aprovecho para fotografiar el medallón y varias imágenes de la vitrina donde está, fijándome en cómo está cerrada.

Camino en silencio hacia Sant Martí d'Empúries junto a mi amigo Diego, que me ha ayudado a encontrar los diarios de las mujeres y los secretos de mi casa: una masía que se remonta al siglo IV. Camino junto a su compañera, Elena, una belleza griega; junto a Berta, mi gran amiga; junto al joven Xavi, el *quid pro*

quo que tengo en casa, y junto mi padre, que por fin ha regresado de Chile.

Comemos en el *Mesón del Conde*, en una mesa redonda en un rincón; hay poca gente. Comentan las peripecias vividas en la búsqueda de los diarios del pasado remoto mientras yo maquino cómo quedarme con el medallón. En los postres, lo suelto sin rodeos:

—Lo quiero. Desde que sé que existe, lo quiero. Si no me lo dan por las buenas, lo conseguiré por las malas. —Todos se ríen, y me enfado—. Lo digo en serio.

Solo habla Diego, con voz grave y seria:

—Nos falta el diario original de Judit para demostrarlo; las copias que tenemos no sirven, podrían decir que son inventadas. Y además, Sara, después de tanto tiempo, no eres la única heredera.

—¿Y qué? —me encojo de hombros con ostentación—. Yo tengo el hilo de nuestra saga y tú lo sabes.

Y él sigue, con la misma gravedad en el rostro:

—¿Conoces el caso de María Altmann, la judía que reclamó judicialmente que le devolvieran el retrato de la tía —La dama de oro— pintado por Klimt y que se exhibía en un museo austríaco? Ella lo consiguió, pero ¿un medallón del siglo I… cómo lo justificas? Tal como dice el director, legalmente es patrimonio de la Generalitat.

Mi padre escucha pensativo. Interviene Elena:

—¿Y hasta ahora a nadie de tu familia se le había ocurrido pedirlo?

Y yo respondo:

—Quizá no lo sabían. Nadie lo menciona en su diario; solo Inés ¿Recordáis cómo describe los ojos con que el obispo de Empúries miraba el medallón? ¿Y cómo el marido de Inés se moría por ser obispo de campo? Ni un ápice de limpieza.

—¿Tan importante es tenerlo? ¿Dónde quedó tu espíritu del 15M? —Berta termina el café—. Aquí está bien guardado y todo el mundo lo disfruta. Además, si lo reclamas, te ahogarán en papeleo hasta que te canses.

Salto, picada:

—¡Qué tontería! Claro que compartiré todo lo que descubra de la saga, pero no quiero que los demás decidan por mí.

Ahora sí habla mi padre:

—A ver… Sí, tienes razón: el marido lo tomó de Inés para dárselo al obispo de Empúries a cambio de que lo nombrara obispo de campo. Y, por lo que parece, el obispo de Empúries fue instigador y cómplice del robo a la pobre Inés. —Hace una pausa para enfatizar—. La iglesia y el museo, si leen el diario de Inés, dirán que el obispo de Empúries aceptó un regalo, nada más, y que legalmente es suyo. —Mira a Diego—. ¿No es así?

No le dejo hablar; voy lanzada:

—Pero moral y éticamente pertenece a la saga. ¿Hago como María Altmann o tiro por lo directo y se lo quito?

Xavi se envalentona:

—¡A la mierda! Yo no me esperaría a juicios difíciles de ganar ni hostias. Si lo robas, pensarán que has sido tú, pero que lo demuestren. ¡Pasamos a la ofensiva! Yo me apunto.

Papá añade:

—A vosotros todo os parece fácil, pero debéis pensar en las consecuencias. Robar tiene consecuencias.

Elena, seria como Diego:

—César tiene razón. A lo largo de mi vida no he cogido ni una triste goma en el colegio y solo de pensarlo me pongo nerviosa.

Su porte formal y su tono de mojigata excitan a Xavi, que le suelta:

—Quizá es hora de que te destapes. Ser tan buena niña debe ser aburrido. —Me mira—. Solo hay un vigilante. Venimos un día de mucha afluencia, con alguien que sepa, y será pan comido. Es tuyo por derecho; ¡qué carajo!

—No seas tan simplista, Xavi —responde Elena, picada.

—No es robar, es rescatar el medallón para su legítimo propietario —aclaro en tono solemne.

Mi padre me sonríe:

—Cuando lo vi, recordé a tu madre. —Echa una mirada a los demás—. Si Cecilia hubiera conocido la existencia del medallón, quizá habría decidido hacer lo mismo que quiere hacer Sara, porque, en cierto modo, era una inconsciente. —Me mira de nuevo—. Ahora bien, si de verdad lo quieres, han de ser profesionales, aunque creo que antes deberíamos agotar la vía legal.

—¿Profesionales? No conozco a nadie.

—Yo sí. —Papá me mira, reflexivo—. Cuando eres mayor conoces a mucha gente que hace cosas que en un momento de la vida te parecen equivocadas y luego puedes llegar a entender. ¿Legal? ¿No legal?

Conozco a los amigos de mi padre y ninguno me parece un ladrón. ¿Cuál será?

—¡Bravo! —grita Xavi.

Diego nos observa con desaprobación y razona:

—Yo trabajo en el Archivo Histórico y, como puedes comprender, no puedo avalar lo que propones. En 1970, en una convención de la UNESCO, se firmaron acuerdos sobre la devolución del patrimonio a las naciones expoliadas, acuerdos que pocas naciones cumplen. Uno de los puntos admitía acciones reivindicativas de bienes culturales perdidos o robados, ejercidas por los propietarios legítimos. Sería tu caso, ¿no?

—Pero acabas de decir que casi nadie lo cumple. —Suspiro—. Es un camino árido.

Berta se bebe de un trago el vasito de ratafía y me suelta:

—Yo te ayudo, si te lanzas. Pero si lo hacemos, lo hacemos sin avergonzarnos. Yo grabaré el robo; será una manera de promocionar los diarios de las mujeres. Y si nos quieren detener, vamos a la prensa y armamos un buen lío.

Papá estalla en risas y eso me molesta. Dice:

—No seáis críos. Vosotros no podéis robarlo, y menos grabarlo.

Cuento con Xavi, con Berta y, de alguna manera, con papá. Diego, no; y Elena, si en su puta vida no ha cogido unas chucherías en una tienda, no hará nada. Diego continúa:

—Hay países que reclaman el retorno de obras, como por ejemplo los mármoles del Partenón, la Venus de Milo o el bellísimo altar de Pérgamo, pero hay controversia —ahora nos aleciona—. ¿De quién son? ¿De quién los cuidó o de unos supuestos propietarios, que pueden ser estados modernos creados después? —Me mira fijamente—. Lo mismo vale para tu medallón.

Me contengo para no soltarle un mocazo, porque Xavi, que ya se ha acabado el helado, nos cuenta:

—Todo el mundo sabe que los europeos expoliaron o compraron obras de arte por cuatro euros. ¿No es lo mismo que hizo el obispo con el medallón? Incluso serraron capiteles del Partenón en dos y los embalaron por separado para que no se reconocieran. Melina Mercouri los reclamó hasta su muerte; decía que los mármoles eran el orgullo de Grecia, su identidad, su herencia, su alma. En una clase sobre patrimonio nos leyeron una frase de Lord Byron que no recuerdo.

Diego lo regaña en tono amistoso:

—¡Qué poca memoria! Lord Byron escribió: «Ciegos están los ojos que no derraman lágrimas al contemplar, oh querida Grecia, tus sagrados objetos saqueados por manos profanas inglesas».

—Pero el medallón no es la Acrópolis, ni la piedra de Rosetta —les digo para bajar a tierra—. Yo solo quiero que esté en casa.

—Sí, pero es un objeto del siglo I —me aclara Diego—, ¡no es ninguna broma! Ni de coña te lo devolverán.

Papá nos manda callar con la autoridad que le dan los años. Nos dice emocionado:

—Se me cayeron más lágrimas cuando tuve que huir, a toda prisa, de Chile dejando atrás todo, todo lo que tenía y amaba. Y os prometo que lo que más me dolía no era que me quitaran el reloj que me había regalado mi padre, que pertenecía a su padre y que tanto me gustaba. Lo que más me dolía era dejar a la gente que quería sin saber qué sería de ellos. ¿Y vosotros queréis robar un medallón arriesgándoos a ir a la cárcel? Si lo hacéis, Sara, hay que preparar una estrategia que asegure un buen resultado, no una chapuza.

Todos callan. Hablaré con papá cuando estemos en casa. Quiero más información sobre ladrones profesionales. Quiero el medallón. Es un latido más fuerte que mi raciocinio.

Nos levantamos de la mesa y volvemos al aparcamiento del yacimiento. La vista es impresionante: las montañas nevadas detrás y el mar en calma delante, de un azul deslumbrante. El mismo azul de cuando veníamos con mi madre y mi abuela a bañarnos y a coger mejillones. El mismo que vio Judit al llegar.

Quedamos con Diego para la entrevista de mañana con el obispo, para conseguir alguna pista sobre el diario original de Judit, y volvemos a casa.

Capítulo 2

Domingo, 2 de diciembre de 2012

La casona

Atravesado el pequeño poblado, vimos una villa construida junto a un torrente, y frente a ella dominaba una explanada surcada a un lado y al otro por el mismo arroyo y por otro más, con una casa romana en desuso. Nos enamoró al instante.

(Fragmento hallado del diario de Clodia).

Ya de noche, mi padre y yo entramos en nuestra casa, la casa donde nací, he vivido y aún vivo: una antigua masía situado en lo que llamamos «el antiguo pueblo de Sant Pere», aunque para la mayoría de los terrassenses no es más que un barrio del distrito 1, conocido como el núcleo histórico de Sant Pere de Terrassa.

La masía que antes no valoraba, que quise vender y que ahora amo, pertenece a nuestra familia desde que Clodia lo construyó. Cuando el medallón cuelgue de mi cuello definitivamente y haya descubierto toda su historia, seré libre de decidir si venderlo o quedármelo, porque lo más importante no son los muros que lo forman, sino lo que albergan.

Papá cierra la puerta tras de sí y, sin moverse, lanza una larga mirada al vestíbulo antes de decirme:

—Después de la paliza de estos tres meses, da gusto ver la masía Arreglada, ordenada y llena de vida. La cocina, con

los azulejos restaurados, el patio con las plantas junto al pozo renovadas…

Calla; se le ha hecho un nudo en la garganta. Así era la casa cuando mamá vivía. Yo continúo, contagiada por su nostalgia:

—…con las maderas de los comedores arregladas y las sillas viejas que tanto gustaban a mamá barnizadas. El costurero con las estanterías acristaladas y los libros ordenados, el salón sin montañas de papeles, las fotos enmarcadas, el sótano limpio…

Un par de golpes en la aldaba de la puerta nos recuerdan que Berta y Xavi se han quedado atrás comprando el pan para la cena.

—¿Qué, ya está la cena lista? —ríe Berta al vernos plantados en la entrada.

—Todo estás por hacer —responde papá con media sonrisa.

Después de cenar los cuatro, mientras Xavi mordisquea chocolate y Berta estrena una libreta nueva de dibujo, papá coloca cuatro troncos en la chimenea y me pregunta:

—Sara, ¿de verdad quieres el medallón?

Me mira esperando que le diga que no, pero le respondo:

—Cada vez estoy más convencida. Lo que no sé es cómo ni cuándo.

Me da la impresión de que papá trama algo, y al responderme, me lo confirma:

—Tienes que prometerme que no lo haréis por vuestra cuenta. Es muy arriesgado. —Se rasca la barba, que empieza a blanquear—. El hijo de un amigo chileno, también casado con una catalana, es… digamos que… él sabrá qué, cómo y cuándo hacerlo, y sobre todo, si es factible.

Tiene razón. La idea inicial de robarlo nosotros era una locura.

—¿Cuánto nos cobraría? —pregunta Berta, siempre tan directa.

—Cobra en especie: una parte del botín, una pieza que le guste…

—Vaya, César —exclama Xavi con un plato de avellanas en la mano—. Qué buenos amigos tienes.

Y papá, siempre tan pragmático:

—Y prométeme que también estudiarás cómo reclamarlo legalmente.

Estoy cansada y tengo sueño; corto la discusión que veo venir:

—De acuerdo. Estudio qué leyes existen al respecto y si pueden servirnos, pero tú habla con el experto. Por cierto, papá, ¿cómo se llama?

—Mateo.

—Pues buenas noches a todos.

—Buenas noches.

Me meto entre las sábanas frías con ganas de dormir, pero el sueño se ha ido. ¿Es un capricho quererlo tanto, sí o sí? Tengo que calmarme e investigar si puede haber alguna forma legal de devolver el medallón a casa y valorar qué me conviene más. En lugar de contar ovejas, cojo el ordenador, me echo una manta sobre los hombros como si fuera un tipi indio y busco por la red leyes que puedan ampararme. Escribo «expolio» y aparecen mil noticias sobre el expolio de olivos milenarios, patrimonio de la tierra. ¡Caray! Hasta se llevan los olivos. ¿De dónde viene la palabra «patrimonio»? Lo busco. Es una palabra compuesta que proviene del latín y está formada por el genitivo *patris* (del padre) y el nominativo *munus* (regalo, donación, favor). Pues eso. El medallón, la casa, los diarios de las mujeres son patrimonio mío, pero no encuentro ninguna ley que ampare la devolución de objetos a manos privadas. Tengo que hablar con algún amigo

abogado. Llamaré a Magda, que llevaba los temas legales de la acampada del 15M en Terrassa.

Y hace días que pienso que debería escribir mi propio diario para dejar constancia de todo lo que he descubierto, de lo que es patrimonio mío, pero nunca es el momento de empezar. «Pues ahora, hija, ahora —diría la abuela Alba mientras mamá le peinaba la cabellera blanca—. Cuando lo piensas, lo haces.» «A tus órdenes, abuela», sonrío mirando hacia su habitación. Dicho y hecho. Dejo el tema del expolio y abro un documento de Word que titulo *Diario de Sara*. Empezará el día que entré en la casona después de estar unos meses fuera. Lo recuerdo con nitidez.

31 de agosto de 2012

Aquel viernes regresaba de París con ganas de estar en casa, tras el máster que había hecho sobre prensa local como herramienta de comunicación crítica y arraigada al territorio. Me alegraba volver, pero me entristecía saber que la casa estaría tan vacía como mi estómago. Quería sentarme al ordenador y escribir las ideas que me hervían en la cabeza. Estaba convencida de que allí tenía mi futuro como periodista. Por eso debía vender la casa, comprarme un piso pequeño y afrontar sin apuros mi proyecto: un nuevo diario o semanario terrassense. Buscaría compañeras periodistas con las que ya había hablado otras veces. En Terrassa solo existía el diario de siempre, nutrido de noticias locales, pero con pocos artículos de opinión e investigación que realmente se mojaran. Por eso muchos lo llamaban el TBO El nuevo diario era necesario.

Al abrir la puerta dovelada y recibir el olor a cerrado y a humedad, la casa se me vino encima y arrastró mi entusiasmo. La casona (así la llamaba entonces, y así la veía: vieja y destartalada) me pesaba como una losa. Solo sabía que las cañerías se rompían y el fontanero no sabía cómo arreglarlas de tan viejas;

que se iba la luz porque los ratones habían roído los cables; que al abrir el grifo caían tres gotas y gruñía como un estómago hambriento. Para disponer de algo de dinero y no estar pendiente de tantas reparaciones, solo había un camino: venderla. Esa era mi intención.

«Ya estoy en casa», grité sabiendo que papá estaba en Chile visitando a unos parientes, y Berta, en Ribes de Freser, y que nadie me respondería. Dejé la maleta en el salón mientras mi voz resonaba en las estanterías abarrotadas de libros, en las dos butacas viejas, en el sofá pasado de moda, en el televisor antiguo, en la cómoda de otro siglo y en la mesa camilla cubierta con las faldas que había cosido la abuela Alba, de cuadros blancos y azules. La abuela Alba era modista del Liceu y me hacía los disfraces más originales para Carnaval.

Ya la habría vendido si no fuera porque me abrumaba la idea de deshacerme de los libros, papeles y mil cachivaches acumulados a lo largo de los siglos en las habitaciones de la masía y en el sótano, objetos a los que daba poco o ningún valor. Cuando mamá y la abuela murieron en el accidente de coche, yo, furiosa contra el mundo, quise tirarlo todo; pero papá me dijo que no era el momento y me hizo una estantería solo para mí, que pronto se llenó de libros escolares, juegos de madera y rompecabezas. De eso hacía ya diecisiete años.

Nunca había sido el momento para papá, así que quise aprovechar que aquel 31 de agosto de 2012 él estaba en Chile para tomar la decisión y deshacerme de la casona. Lo decidí esa misma tarde, cuando fui a la cocina, la estancia preferida de todos desde tiempos inmemoriales, donde se alargaban las comidas y cenas familiares o con amigos, alrededor de la mesa o frente a la chimenea. De niña merendaba allí, hacía los deberes con mis amigos, jugaba hasta la hora de cenar, y los días de fiesta cocinaba con mamá un pastel de chocolate o transformábamos la

harina en plastilina para modelar. Abrí la ventana y un charco de luz inundó la mesa. El azulejo antiguo con San Lorenzo dibujado, que tanto gustaba a mamá, yacía en el fregadero con el santo decapitado, y la parrilla donde lo habían torturado parecía levantar el vuelo. ¡Qué pena! Terminé de arrancar el azulejo y guardé los trozos en el cajón. San Benito, San Antonio y todos los demás santos y santas que te miraban mientras fregabas los platos se quedaron sin compañía. ¿Quién se los habría puesto?

Me bebí con ganas la última cerveza que quedaba en la nevera. Salí al patio antes de que se pusiera el sol. La silla de madera que papá barniza cada primavera crujió, como si fuera demasiado vieja para ser silla y demasiado joven para ser leña. Me quedé mirando los comederos de pájaros pendientes de restaurar, los que había construido Inés, la mujer pájaro. De esta antepasada solo sabía lo que mamá me contaba disfrazada de hada: «En la masía vivió una mujer que conversaba con los pájaros, y un día, cansada de tocar tierra, emprendió el vuelo con la bandada de golondrinas».

Me pesaba la casa, me pesaban los recuerdos y me pesaba la maleta. La subí al dormitorio, me duché, me cambié de ropa y me desanimé al ver en WhatsApp que mis amigos estaban fuera de fin de semana. Aun así salí a cenar por si encontraba a alguno. En el bar de *Amics de les Arts* estaba Diego, compañero de escuela, ahora un erudito historiador del Archivo Histórico de la ciudad. Hombre alto, calvo, de ojos grandes y curiosos, con voz melodiosa y firme, de actor de doblaje, vaya; iba acompañado de la que supuse era su última conquista: Elena. Aún me sorprende gratamente cuando le abro la puerta de casa: alta, melena rubia rizada, ojos azules serenos; una auténtica belleza griega con aura incluida; un poco bruja o un poco ingenua; en fin, un enigma por descifrar, como diría la abuela Alba.

La mesa del bar se llenó de hummus con chips de berenjena, un provolone con pesto de rúcula, un puré de berenjena con queso de cabra y miel de caña, unas bravas y tres cervezas. Animada, les conté mi idea de vender la casona, y al instante Diego me echó un jarro de agua fría:

—No sé qué decirte, Sara; tu casa está catalogada como una de las más antiguas. No te será fácil venderla. Quien la compre no podrá tocar ni la fachada ni nada del exterior. —Vaciló un instante y continuó—: A título personal, te confieso que me duele tu decisión. De niño, cuando venía con los amigos a jugar, me encantaba ver la estantería del salón tan llena de papeles antiguos, y cuando jugábamos al escondite, ¿recuerdas que yo me entretenía hojeando los libros?

Sonreí para no decirle que, por distraerse con los libros, siempre era él quien perdía; además, ya se me había instalado el nudo en el estómago con la noticia de la catalogación de la casa y no quería remover emociones ni nostalgias, así que lo corté con otra pregunta:

—¿Y tú crees que habrá algo de valor ahí dentro, o se pueden llevar todo?

Casi dio un salto antes de alzar la voz:

—¡Claro que hay cosas de valor! Entre libros, muebles y objetos antiguos. Y no sabemos del todo qué puede haber en el sótano. Si te parece bien, iré cuando tengas un momento. Me gustaría volver a verla con ojos de adulto.

De camino a casa decidí seguir adelante con la idea de venderla. De hecho, ya sabía que estaba catalogada, pero no que eso significaba que sería difícil venderla. ¡Hecho! Ajustaría el precio e informaría a papá.

Lo dejo por hoy. Será un buen ejercicio de memoria. Quedará bien.

Buenas noches, abuela Alba. Buenas noches, mamá.

Capítulo 3

Lunes, 3 de diciembre de 2012

Digo la verdad

Soy Inés […] Ella inició la escritura del relato de la vida con la intención de murmurarle al futuro las historias del pasado. Yo velaré, como lo han hecho mi madre y mi abuela, para que el susurro de las palabras escritas de las antepasadas no caiga en el olvido, y escribiré un sencillo trino de mi paso por la tierra.

(Fragmento del diario de Inés).

Hoy, nada más levantarme, me ha venido a la cabeza lo que me dijo ayer el director del Museo de Empúries: «Primero, hay que demostrar que lo que dices es verdad y, segundo —y más importante y decisivo—, cuando pasan más de mil años, nada es de nadie y todo es del pueblo». Papá opina lo mismo: tenemos que demostrar que decimos la verdad y solo podemos hacerlo enseñando el diario original de Judit, pero aún no lo hemos encontrado; aun así, tras unas cuantas llamadas infructuosas al obispado, nos han concedido una entrevista para hoy al mediodía.

Veo el ordenador sobre la silla. Aún echa humo de haber escrito hasta las tantas. *El diario de Sara*. Estoy contenta. No sé por qué no he empezado el diario narrando mi infancia, como hicieron todas mis antecesoras. El hecho de que mamá y la abuela murieran de manera tan inesperada cuando yo tenía trece años

me ha dejado en un limbo en el que todos los recuerdos de aquella época están teñidos, distorsionados y arrinconados en el cuarto oscuro de la memoria. Ya es hora de desentrañarlos, si puedo.

Y, como quedan más de dos horas para ir al obispado y el orden de los datos es indiferente (ya lo ordenaré cuando acabe; ¡viva el desorden!), me pongo a escribir la visita al Archivo Capitular de la catedral con Diego, hace ahora diez días. Fue de *toma pan y moja* el ejercicio de diplomacia que tuve que hacer.

22 de noviembre de 2012

En el diario de Maiasèn descubrimos que el abad del monasterio de Sant Llorenç del Munt (que era su tío) se había llevado de la masía todas las copias del diario de Judit para guardarlas entre los libros prohibidos. ¡Vaya cara! La madre de Maiasèn también hizo una copia a escondidas del tío, pero no sabemos si él la descubrió y se la llevaron, o si ella logró ocultarla. Qué mujer, Maiasèn, «la sanadora de las palabras», como esculpieron en su monumento funerario. El tío abad la tildaba de bocazas insolente y malcarada, que hablaba más que un breviario y era más mala que Caín. ¡Se las tuvieron tiesas! Me retumban las palabras del tío cuando gritaba: «Habríamos de quemar los diarios, son un peligro», y la abuela le respondía: «Sobre mi cadáver», y el tío insistía: «Al menos entregadme el de Judit y las copias que tengáis y las deposito en el monasterio». ¡Qué poder tenían entonces! Ella dejó escrito en su diario que no la asustaban ni la Iglesia, ni el viento ni el agua. A mí tampoco me asusta la Iglesia, y menos los obispos, y todavía menos la Generalitat; ¡recuperaré el medallón!

Diego consultó los diplomatarios de Sant Llorenç del Munt, pero no constaba ningún documento a nombre de Judit. Contrariado, me dijo que podría estar perdido y sin clasificar en el Archivo de la Corona de Aragón, o en la Biblioteca de Cataluña, o en el Archivo de la Abadía de Montserrat, o en la British Library,